

BAJA CALIFORNIA SUR
TRAYECTO POÉTICO DE
MEDIADOS DEL SIGLO XX
A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Apuntes sobre cuatro poetas sudcalifornianos: Cota, Manríquez, Lizardi y Bancalari

Marta Piña Zentella⁴⁵

Juego en el patio./ Nunca
salí de mi casa/ ni atravesé el plumizo
lienzo del arroyo/ para adorar la lumbre/
encendida/ en las islas.

Javier Manríquez

Hace tiempo un estimado colega universitario, Luis Herrera, sostenía con humor que a Baja California Sur había que llegar con espíritu pionero porque todo estaba por hacerse. Si se considera que el proceso de evangelización en la península inicia en octubre de 1697 con la fundación de la misión de Loreto, primera capital de las Californias, Alta y Baja, y que la actual capital de Baja California Sur, el puerto de La Paz, toma relevancia hasta el segundo cuarto del siglo XIX, las palabras de Luis Herrera cobran una dimensión más seria.

La historia de esta región, anclada desde el nombre en el mito, hasta finales del siglo XX tuvo un ritmo muy peculiar; la extinción de los pueblos nativos, guaycuras, pericúes y cochimíes, la convirtió en tierra de migrantes prácticamente desde la entrada de los jesuitas a finales del siglo XVII hasta el día de hoy. Los actuales apellidos *más* sudcalifornianos coinciden con los apellidos de los primeros soldados que llegando a California a custodiar a los misioneros terminaron quedándose en estas tierras después de la expulsión de los ignacianos

45 Universidad Autónoma de Baja California Sur.

y a los que se suman otros de distinto origen al castizo. La posición geográfica de la península influyó para que episodios de suma trascendencia para el resto del país aquí se vivieran de otro modo la independencia, las invasiones norteamericana y francesa y la propia revolución; si bien hay episodios locales que acusan estos acontecimientos, la dinámica fue muy distinta.

Quizá estas características anotadas de forma mínima, algunas azarosas sin duda, fueron forjando una singular cosmovisión sudpeñinsular y un sentimiento especial conformado por la conjugación de abandono, desenfado, indiferencia y tal vez hasta de felicidad. Ello explicaría por qué la literatura propiamente dicha puede fecharse hasta la segunda mitad del siglo XX. Es verdad que hay opiniones que buscan datarla desde las crónicas jesuíticas, pero difícilmente se sostienen más allá de las buenas intenciones y que, en un ejercicio de flexibilidad crítica, se rescatan nombres en la primera mitad del siglo XX que fijan los prolegómenos de esta expresión artística.

Será hasta 1971 cuando el destacado profesor, político y también escritor, Armando Trasviña Taylor, publica *La literatura en Baja California Sur* con una intención más sistemática de ofrecer un panorama general de esta actividad en esta tierra. Si bien no es un trabajo estrictamente de crítica, sin duda marca un punto de partida que debe destacarse. El profesor Trasviña reconoce que lo expuesto en su libro es una muestra de esfuerzos desarticulados sin filiación a corrientes y estilos precisos; para él la labor literaria en Sudcalifornia inicia con el estallido revolucionario, interesante paralelismo por lo demás.

Transcurrirán veinte años y, en 1991, Raúl Antonio Cota, con el apoyo del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, publica *Baja California Sur. Otro mar. Otro desierto. Poesía, cuento y ensayo (1932-1990)*, en donde, en consonancia con Trasviña Taylor, expone también, de forma muy general, un panorama actualizado, pues incluye a tres jóvenes de menos de 25 años en aquel momento. En este libro ya destacan él mismo y, desde luego, son nombres obligados los de Javier Manríquez, Edmundo Lizardi y Víctor Bancalari.

Será hasta 2014 que vea la luz una antología amplia dedicada sólo a la poesía sudcaliforniana. Publio Octavio Romero, en ese entonces profesor en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS), publica *Verdad y belleza. La poesía en Baja California Sur*, con el sello editorial de dicha universidad. Aunque ya hay en este texto una intención mucho más formal de sistematización, la realidad es que enfrentó el difícil arte de la taxonomía sin poder resolverlo del todo. La variedad de nombres y estilos que se mueven en el tiempo parecen confirmar la primera apreciación del profesor Armando Traviña Taylor y ello dificultó la labor de Publio Romero, quien optó por una salida ecléctica, enmarcando ese fabuloso *desorden* en grupos que dan una vaga señal de lo que verdaderamente los sostiene en la antología, de esta manera los grupos aparecen como “Los fundadores”, “Normalistas”, “Universitarios” o “Poetas de la Modernidad”, en donde incluye a los cuatro que ocupan estas líneas.

Aunque es equívoca la categorización que Publio Romero otorga a Raúl Antonio Cota, Javier Manríquez, Edmundo Lizardi y Víctor Bancalari como poetas de la Modernidad, pues en todo caso sería más apropiado decir de la postmodernidad, en realidad el nombre es lo de menos; lo importante es que se reconoce que serán ellos quienes marcaron un punto indeleble en la novísima historia literaria sudcaliforniana. Ellos crean un momento trascendente, pues serán los primeros que harán valer, paradójicamente, la rica tradición hispánica y universal de la literatura, anteponiendo esos valores a la creación poética cuando en esta región mexicana prevalecía un arraigado regionalismo que buscaba delinear su verdadero rostro. Son escritores que leen a conciencia y se descubren herederos de los poetas griegos, latinos, pero también de los modernistas, de la Generación del 27 de España y de los Contemporáneos; leen con devoción a Octavio Paz, Pablo Neruda y Jorge Luis Borges; leen a poetas en otras lenguas, tuvieron oportunidad de salir de la península desde jóvenes; ellos entienden que el mundo se expande más allá del mar de Cortés y del desierto de Vizcaíno; que el paisaje paradisiaco que

nutrió sus sentidos es poético *per se*, pero exige disciplina, talento y oficio para ser traducido a metáforas.

Si bien Raúl Antonio Cota ha hablado de la “estética del mar y del desierto” para referirse a la poetización de la naturaleza sudcaliforniana, conviene puntualizar que —en el caso de los tres escritores mencionados [Cota, Manríquez, Lizardi]— el tema local se transmuta en el acento que los distingue pero que va más allá de la simple postal para hurgar en la milenaria introspección que empuja al ser humano a preguntarse por asuntos vitales como el origen, la condición terrena y el destino.

La geografía, el paisaje, la mentalidad, el humor, la breve historia, en fin, la vida cotidiana, son elementos que permiten afinar la voz para hablar con los demonios interiores y para intentar delinear los abismos consustanciales a la condición humana. Cada uno es, de esta manera y al mismo tiempo, un poeta que explota la sudcalifornidad en busca de la universalidad. Así, con un lenguaje que carga sus sentidos semánticos, de manera directa o sutil, de mar y desierto, construyen su propia poética, su personalísima manera de traducir el mundo que los vio crecer y que, aunque es el mismo, les ha dictado visiones distintas. (Salgado, 2010, p. 121)

Advierto que, en este contexto, en el que la poesía de Baja California Sur, parafraseando a Octavio Paz, quiere ser contemporánea del mundo, los siguientes apuntes abonan a un esfuerzo que ya se hace, desde algunos años, en la Universidad Autónoma de Baja California Sur a partir del seminario de literatura regional, sin obviar que hemos empleado el término región tanto en el sentido geográfico, como método de investigación.

Raúl Antonio Cota Geraldo (1949-2023)⁴⁶

Fue un personaje importante en la vida cultural de Baja California Sur. Su partida reciente impone la tarea de revisar con esmero su labor de manera íntegra. Realizó una destacada labor de promotor, pues durante años fue el puente que acercaba voces poéticas a Baja California Sur desde *La Cachora*,⁴⁷ pero igual como coordinador de talleres que fomentaron la escritura de noveles poetas. Nació en el puerto de La Paz, capital del entonces Territorio Sur de la Baja California. Su desempeño público se resume en tres funciones: profesor, escritor y promotor cultural; desde mi visión, con el tiempo cobran mayor relevancia las dos últimas. Su impronta es determinante para el impulso de la escritura poética en su tierra natal; amén de que su hijo mayor, Raúl Cota Álvarez (1979), continuó con una trayectoria similar: escritor y editor.

Panorama,⁴⁸ revista de divulgación de la Universidad Autónoma de Baja California Sur brindó —en su número correspondiente a abril de 2023— un sencillo homenaje a este poeta y preparó una pequeña muestra poética. Cota Geraldo es director-fundador de la revista *La*

46 Su ficha biográfica detallada se localiza en Ibarra Rivera, Gilberto (2016). *Diccionario sudcaliforniano. Historia, geografía y biografías de Baja California Sur*. Instituto Sudcaliforniano de Cultura/ Gobierno del Estado de Baja California Sur. Disponible también en <http://www.elem.mx/autor/datos/2373>.

47 Entrada a *La Cachora* (en Ibarra Rivera, 2016), revista de arte, literatura y crítica, editada bajo la dirección de Raúl Antonio Cota, a partir de julio de 1979, como continuación de los dos primeros números de la revista *El Petate*, publicada por él en mayo y junio del mismo año, con un tiraje de 300 ejemplares. En los primeros números fueron divulgados poemas de autores nacionales y extranjeros; a partir del No. 6, bajo el tema *Nuestras Voces* inició la inclusión de poetas locales, y con la publicación de un cuento para niños —premio estatal en esta categoría— inició la edición de premios nacionales y estatales de poesía. Continuó publicando obras de poetas reconocidos en el medio local, nacional y extranjeros, incluyendo entrevistas, crítica y poemas nahuas, intercaladas con viñetas de arte. Se inició con un tiraje de 300 y varió entre 500 y 600 ejemplares, alcanzando finalmente un tiraje mensual de 1,000 números. En la ampliación de la difusión circuló local, nacional e internacionalmente. Completó cuatro épocas con 94 números publicados hasta los meses de noviembre-diciembre de 1997, bajo la dirección y redacción de Grecia Cota Álvarez y coordinación editorial de Raúl Antonio Cota (p. 188).

48 <https://www.uabcs.mx/documentos/revistaPanorama/Panorama%20digital%20revista%20No%209.pdf> En noviembre de 2018 el Instituto Sudcaliforniano de Cultura y la Asociación de Escritores Sudcalifornianos dedicaron el Décimo segundo Encuentro de escritores sudcalifornianos a la persona y la obra de Raúl Antonio Cota, como un merecido homenaje en vida.

Cachora (1979), como ya señalé, y debido a ello se le conoció en diversos ámbitos culturales, principalmente, del norte mexicano; dado que la vigencia editorial de *La Cachora* continuó hasta 1997. La revista realizaba una promoción de autores nacionales que ahora conocemos como la generación de los cincuenta, entre otros: Héctor Carreto, Efraín Bartolomé, Vicente Quirate, Jorge Ruiz Dueñas y el mismo Cota, o bien autores con trayectoria en ese momento, como Ledo Ivo, Antonio Porchia y Hernán Lavín Cerda. También se dio cabida a autores sudcalifornianos: Javier Manríquez, Edmundo Lizardi, Víctor Bancalari, Rubén Rivera, Leonardo Varela. En una nota introductoria a *Latitudes poéticas de La Cachora* (2012), trabajo compilatorio donde Christopher Amador Cervantes reúne textos elegidos de toda la colección, Raúl Antonio Cota explica de forma breve el mecanismo de operación de la revista que fue órgano mediador y empresa educativa. La vida literaria activa fue de mayo de 1979 a diciembre de 1997, se publicaron noventa y cuatro números, en promedio cinco o seis por año bajo el patrocinio del gobierno del estado, el ayuntamiento de La Paz y el Programa Nacional de las Fronteras, entre otros.

Cota empieza a publicar en revistas y periódicos, se inicia como poeta con una edición de autor *Inventario de imágenes* (1978) y en un lapso temporal corto se consolida en el amplio circuito nacional con el libro *De los viajes en general (poemas para turistas)*, Premio Latinoamericano de Poesía Colima 1984, publicado al año siguiente. En ese volumen emergen ya las tres principales líneas temáticas sobre las cuales continuará escribiendo treinta y cinco años. Sus tópicos temáticos son el mar y la vida marina, la antigua California y la geografía sudpeninsular que se manifiesta en diversos elementos naturales. Sobre la fuerza imantada hacia lo marino, Cota expresa:

Me atrajo de una manera muy poderosa, de allí el título de mi poema “Temer al mar”. Temer no significa tener un miedo físico hacia el mar, sino dejarse mover por la potencia simbólica que posee el mar, es un miedo metafísico y de asombro, como estar frente a un precipicio y no saber si aventarte al vacío o replegarte para seguir escalando. (Cota en Modesto Peralta, 2018, s.p.)

En la poesía de Raúl Antonio Cota se establece la relación con su entorno marino, hay una conexión biológica y espiritual que se traduce en un diálogo plástico entre las criaturas marinas, criaturas litorales y la inmensidad mítica del océano, la cual el poeta monopoliza en su dolor, en su particular forma de comunicarse con la bahía de La Paz. Los versos siguientes de “Elefante marino” develan ese nexo: “Y es que el mar se adelgaza/ al ir contigo/ elefante marino/ pez total/ pájaro más vasto que las olas./ A ti te surca el mundo/ fluye a tu lado el cielo” (*De los viajes en general*, p. 9). Frente a la invasión de la bahía, desde el varadero Abaroa, el poeta libera una dolorosa plegaria por un amigo y un barco, el “Don José”, al que canta:

Su maderamen crece, se agita/ El mezquite de su roda/ confunde
sus aromas/ con el sudor salino/ de los armadores./ Y el barco/ en
proceso tiembla/ ante la voz del amo/ como pidiendo auxilio/ como
asumiendo un nombre/ como sintiendo al viejo.

(De los viajes en general, p. 11)

La década de los ochenta marcó su trayectoria con los títulos *De cetáceos y bestias* en 1981, *De los viajes en general (poemas para turistas)*, *Refugio de ballenas* y *Del fuego y del cuerpo* en 1985, y en 1986 apareció *La Antigua California* en la revista *La Cachora*.

En 1990 publica *Para que la madrugada cante (poemas para niños, de 7 a 12 años)*, subtítulo por demás sugerente pues —si bien son poemas pensados para niños, con imágenes sencillas, pero bien cuidadas, que delinean una amplia zoología: el gallo, la ballena, el caracol— también hay imágenes más fuertes: “Amor suicida/ y atropellado,/ un pelícano muerto/ a la orilla del mar”. Llama la atención esa fuerza, aunque el tono que domina el libro es más bien lúdico tratando de recuperar esa doble inocencia: la de la niñez y la de la mirada que hurga en la esencia de las cosas: “El caracol/ con su paciencia de siglos/ pule el ritmo de las olas”.

En la poética de Raúl Antonio Cota el mar es un elemento insustituible y con él todas las posibilidades que desata; no es extraño que el otro elemento recurrente sea la ballena, el gran mamífero marino

que viaja miles de kilómetros para aparearse y tener sus crías en costas sudcalifornianas, en especial la ballena gris.

Refugio de ballenas (1985), se escribe casi en paralelo con *Bahía Magdalena* (1984) de Vicente Quirarte, libro que brinda al lector una mirada de sorpresa y de felicidad ante el milagro del avistamiento, coincidentemente es en el “Don José”, barco de la familia Abaroa, en el que Quirarte viajó al santuario marino de Bahía Magdalena. Esos poemarios están hermanados, temporal, temática y espiritualmente. Raúl Antonio Cota como promotor de talleres literarios fue instructor de varios de los jóvenes poetas agrupados en la siguiente generación: Dante Salgado, Ramón Cuéllar, Rubén Rivera Calderón y Leonardo Varela como epígono, entre otros, quienes seguirán esta temática que la naturaleza imprime con determinación en tierras sudpeninsulares. Claro está que, más allá de la filiación intrínseca de los poetas de los sesenta con el paisaje, cada uno —evidentemente— desarrolla su estilo y líneas temáticas.

Cota Geraldo advierte que en el motivo de la ballena hay algo más que ese majestuoso viaje de Alaska a Sudcalifornia: intuye que se configura algo muy parecido a lo sagrado, de ahí su veneración por este imponente animal cuya piel se vuelve una crónica mítica de sus viajes.

La ballena es la única orilla del océano

El otro lomo del mundo es la ballena/
Limpia como un día insólito/
las olas parecen crujir bajo su piel.

No revuelvas con violencia los abismos/
Oh, Robinson de los misterios del océano/
que las mandíbulas voraces de las conchas/
—guardianas de portales submarinos—/
te atraparán la cola/
al cruzar los corredores que dan al infinito.

Más rebelde que el tiempo/
isla que empiezas emergiendo la cabeza/
cuando surge tu cuerpo hacia los mástiles del viento/
tu cola juguetea en pleno vuelo.

Coqueteas a un niño/ o sientes enorme ola de naufragio/ Has decidido que sólo/ bajo los arpones de la lluvia/ el mar te pertenece más que nunca.

(Temer al mar, 2018, p. 7)

Baja California Sur es un lugar especial porque en sus litorales, del Pacífico y del golfo de California, pueden verse tres tipos de ballenas: la gris, la jorobada y la azul, concierto de la naturaleza, espectáculo de la vida que impone sus rituales milenarios. En las cuevas de la sierra de San Francisco quedó grabado el asombro de antiquísimos pobladores, aún incógnitos, pero con una sensibilidad increíble: imprimieron en la piedra la mirada asombrada que convivía con una fauna que todavía nos parece maravillosa. En años recientes, uno de los artistas plásticos más importantes, y oriundo, de Sudcalifornia, Aníbal Angulo, ha grabado, fotografiado, esculpido y pintado ballenas. No es el único, desde luego, pero probablemente sí quien ha explorado los múltiples lenguajes del arte con este tema con mayor fortuna. La escritura de Cota parte de un texto mayor que inicia hace miles de años, algunos especialistas creen que pueden ser diez mil, con las pinturas rupestres, y que sigue abierto.

De las tres especies mencionadas, la ballena gris es la más amistosa, la jorobada es la que hace acrobacias y la azul es la más elusiva, pero de tamaño espectacular. En Asturias llaman *xibarte* a la ballena gibosa, a nuestra ballena jorobada. Cota (2018, p. 17) en *Temer al mar* escribe:

La ballena jorobada canta/ Su melancolía es como el cuerpo tantálico/
de una bailarina negra/ que suave se deshace de todas sus esferas./
Como la esposa lejanísima que duerme a nuestro lado/ como los restos
de un barco instalado/ en plena ciudad baldía, en ruinas [...] La ballena
jorobada canta. Como si el gran reloj del universo se escuchara.

Un volumen en el cual el poeta continúa con la obsesión metafórica de la antigua California es *Los incendios solares. Génesis, fundación y tráfago de la antigua California* (2002), el cual se compone de seis

apartados en los que Cota plantea una visión totalizadora del devenir peninsular: desde el caos original, con ecos bíblicos, hasta tiempos recientes en que Santa Rosalía y sus minas de cobre tuvieron una colonia francesa que las explotaba por concesión de Porfirio Díaz, a finales del siglo XIX. No es casual que el poema con el que inicia el texto se titule “Génesis” y, a partir de ahí, la voz poética hará el periplo que abarca todo el tiempo, aunque se trate de un espejismo. En este recorrido, la presencia de los misioneros jesuitas es importante y, de manera especial, la de Juan Jacobo Baegert, quien inspirará otro texto en prosa de Cota. Es un libro en el que el tema central vuelve a ser el espacio como metáfora reiterante.

Arquitectura de la luz, en 2010, fue el último libro que publicó. Es un título afortunado para subrayar, como en *Los incendios solares*, esa tenaz poética sobre California. ¿Cómo admirar la contundencia de la naturaleza y sus creaciones sin luz? Pero, desde la proposición de Cota, esa luz tiene forma y la única manera de aproximarse a ella es a través del lenguaje: “Tras los andamios de las olas/ se cumple el rito:/ el desierto es el mar,/ y sobre éste se yergue/ la casa donde habito”. Es un libro dividido en tres secciones: “La casa California”, “Ciudad en llamas” y “Ciudad perdida”. Además de cerrar su ciclo como poeta, este libro marca también una visión más crítica que todo lo escrito antes: refleja una posición en la que el espacio paradisiaco ha sido tocado por los intereses comerciales, el paisaje surtidor de imágenes es también fuente de especulación turística; queda entonces a la poesía la defensa de la belleza frente a la implacable avalancha del desarrollo.

Mientras un mar de arena
interminable
el futuro aniquila,
busco el sinsentido de la ciudad,
las raíces punzantes
de mi sueño.

(*Arquitectura de la luz*, Cota, 2010, p. 88)

Este poeta permanece como referencia cultural de una época cuya transición derivó de una defensa férrea de la identidad sudcaliforniana hacia una apertura necesaria, misma que se dio en el último cuarto de siglo XX, hasta llegar a una implosión desmesurada en aras del falso progreso.

Javier Manríquez (1953)⁴⁹

Cuaderno de San Antonio es el poemario ganador del Premio Estatal de Poesía “Leopoldo Ramos Cota” del año 1981. Fue escrito en la etapa de juventud del poeta y se ha mantenido, desde entonces, como una referencia obligada de las letras sudcalifornianas. Ha visto tres ediciones: 1983, 2005 y 2016, estas dos últimas traducidas al inglés por el poeta norteamericano Mark Weiss. Junto con Harry Polkinhorn, Mark Weiss tradujo también poemas de Raúl Antonio Cota y Edmundo Lizardi. Los poemas traducidos al inglés se integraron en la antología *Across the Line/ Al otro lado. The Poetry of Baja California* (Junction Press, 2002).

Conozco a Manríquez y he tenido la fortuna de contar con su generosa amistad. Esta circunstancia me permite un acercamiento a su obra desde una doble perspectiva: como estudiosa del fenómeno poético, pero también como interlocutora del propio escritor, con todo lo que ello implica, porque Manríquez ha sido un poeta que se ha

49 Su nombre completo: César Javier Manríquez Amao. Licenciado en letras. Nació en La Paz, Terr. Sur de Baja California. La infancia la pasó en San Antonio, Terr. BC, en donde cursó la educación primaria. En La Paz, Terr. BC estudió la educación secundaria y preparatoria. En 1973 decidió estudiar en el Distrito Federal (hoy Ciudad de México). Ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; fue jefe del Departamento de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; Premio Estatal de Poesía “Leopoldo Ramos” en El Triunfo, BCS, con la obra *Cuaderno de San Antonio* (1981), publicada por el ayuntamiento de La Paz en 1983. Otros cuadernos y plaquetas publicados: *Puente de pájaros* en la revista *La Cachora*, pública en La Paz, BCS (1980), *La materia olvidada* (1990), Cuarto Creciente. [...] Su obra más renombrada fue publicada en versión bilingüe: *Cuaderno de San Antonio/The San Antonio Notebook* (traducción al inglés por el editor Mark Weiss), edición y presentación por Dante Salgado, publicada en 2005. (Cfr. Gilberto Ibarra Rivera, 2016. *Diccionario sudcaliforniano*. p. 525).

rehusado a publicar. Hasta el día de hoy, además del libro citado, únicamente han pasado por las prensas otro libro, *Poste restante* (2019, UABCS/ Cuarto Creciente) y tres breves cuadernos: *Puente de pájaros* (1980), *Razón para volver* (1983) y *La materia olvidada* (1990), los dos primeros auspiciados por la revista que dirigió Raúl Antonio Cota, *La Cachora*, y el tercero inició la serie titulada *Cuarto Creciente* que dirigió Dante Salgado mientras vivió en Ciudad de México realizando estudios de derecho y literatura.

Cuaderno de San Antonio es un poema, dividido en doce fragmentos, que mantiene una misma historia y un mismo objetivo: la intemporalidad de la infancia en la casa paterna del Real de San Antonio, pueblito enclavado en la sierra sur de la península, otrora con una clara vocación minera. En su texto, Manríquez somete a prueba dos aspectos en el paradigma de la creación: el sistema expresivo del tiempo y el manejo del tiempo. Desde mi lectura, pueden proponerse tres estadios temáticos generales: los recuerdos y la nostalgia, el clima y la geografía y finalmente la lluvia y la meditación. Todo ello —aunque suene redundante— ligado a un profundo dolor por la pérdida y representado por la añoranza profunda. Los dos primeros estadios o etapas se muestran de manera casi paralela y ya en la última parte del libro se ubica el tercero, que se presenta también como elemento de cambio.

Su libro —dice el autor— hace referencia a un primer mundo del comienzo, a la primera esfera de la vida, que con la “procesión de días” va cambiando y no vuelve a existir jamás. El inicio de la escritura lo asume como una forma o toma de conciencia ante la magnitud o poder que debe encerrar un texto literario. Es también un desprendimiento de lo individual para internarse en las ramificaciones de la colectividad en donde, con el paso y el peso del tiempo, se consolida la refracción poética.

El poeta se alimenta de otros poetas. Los poetas leídos se quedan en uno, dice Manríquez. Dentro del gran catálogo de sus influencias o lecturas predilectas podemos señalar a algunos modernistas, a los vanguardistas y a los poetas españoles de la generación del veintisiete y claro está a Álvaro Mutis, Octavio Paz y Jaime Sabines. Una de

las características de estilo del poeta realeño es la conjunción de los elementos naturales hasta lograr la concreción de la realidad, paisaje o naturaleza, y la plasmación concreta en el tiempo con una sencillez enjuiciadora, tajante. Esta sería una de las características más notorias, así como el rescate perenne y milagroso de lo cotidiano.

Van los años de paso,/ dejan su geometría calcinada/ por los rinco-
nes/ que acumula sombra,/ pero arde la imagen,/ la transparencia
dura/ se derrama./ Aparecen mis nombres,/ mis fantasmas/ —tus
fantasmas/ que nada envejecieron/ y ya me recuerdan.

(Manríquez, 1982, pp. 7-8)

La estilística —como disciplina integral de estudio— propone un método de análisis en el cual se busca conocer y reconocer la intención artística de la obra con signos de lo afectivo, lo íntimo o lo emotivo y todo aquello que rodea a la creación de determinada obra de manera más cercana. En la poesía de Javier Manríquez se condensan estos elementos en su inmensa y generosa capacidad de aprehender, de absorber su entorno, de permearlo y hacerlo permeable para el lector. Pone énfasis en el uso del léxico, en el uso expresivo de las figuras retóricas y en el empleo del hecho estilístico como posibilidad de inventiva que se renueva de forma incesante, aunque las fronteras espacio-temporales están ceñidas por el peso de la nostalgia.

El poeta juega intercambiando sus constantes temáticas como el vuelo, la escritura, la introspección, el retorno, las piedras, la luz y el calor; las presenta con metáforas completas, con imágenes vertiginosas cual acantilados, a los que alude y aprovecha todo su entorno para volcarlo en un discurso de estilo. A su mundo, a su panorama, lo ostenta como validez sustentable dentro de la creación. A ese *solar de piedras* donde divaga su infancia, lo resucita, lo convierte en un instante poético conjugando el estado emocional y la experiencia vivida.

Estas piedras atraviesan de lado a lado la tierra donde nací. Forman sus cimientos. Piedras inmensas, jaspeadas, negras. Rocas azules, que dan o niegan el agua escondida debajo de ellas.

Quién sabe si todo ese sur esté cortado en la piedra, si la vida haya crecido de las piedras en lo más agrio de la sierra. Quién sabe si un viento pesado nos dejó allí, piedras, cuando alguna escasa lluvia mojó aquel suelo apagado. (Manríquez, 1982, pp. 21-22)

En la cadena versal de este poeta se aprehende de un solo golpe la realidad; ejemplifico su concreción poética con una comparación muy burda, pero altamente ilustrativa: como el impacto furioso y violento de la cara contra el parabrisas, y entonces después de leer tiene uno que desastillarse de las mejillas los pedazos de roca, de luz y de aire que las palabras que Manríquez ha impreso en el lector. Él mismo lo ha planteado a veces así, metafóricamente, cuando “la noche es un hielo cuarteado” y “se avivan las heridas suntuosas. Enraíza la hiel los temas que agrietan la cara”. Esto lo escribió en 1983 en la plaqueta *Razón para volver*, publicada en *La Cachora*.

En el libro que dedica a su pueblo natal, el autor abre con la creación de un espacio de formas, colores y luz, nombrando las cosas simples que transcurren pausadas pero puntuales, que parecen intrascendentes pero que, al compararlas con la prisa citadina o cotidiana, terminan siendo la esencia de la vida:

El aire

La brevedad de los gorriones.
Esa tierra ocre y rojiza por las tardes.
Las miradas.
Los rumores,
el agua que nos falta.
La procesión de días. El otoño
que nunca más veré
caer
de los ciruelos.
(Manríquez, 1982, p. 4)

Habla del otoño, que es un tiempo encontrado en una estación del año, pero a la vez un tiempo detenido o perdido que nunca volverá. Existen entonces ya dos tiempos: uno el fijo, que sirve como marco

y otro que transcurre lento como tiempo expositivo interno que funciona asimismo la voz poética del autor. Como todos los grandes poemas, *Cuaderno de San Antonio* es polifónico y plurivalente. Si bien, su escritura obedeció a un interés específico por demostrar que la poesía con acento sudcaliforniano podía trascender el regionalismo anclado en un paisaje con tonos folclóricos, afortunadamente esa sed de universalidad que lo inspiró nos permite leerlo desde diversos ángulos.⁵⁰ Me han atraído, desde la primera lectura, aquellos que dibujan esta geografía llamada por el autor *Malpaís* o el país de las espinas. ¿Cómo una tierra en apariencia áspera puede subyugar los sentidos y abrazar amorosamente?

Manríquez constantemente retoma la idea de la luz. El haz lumínico es concreto, espeso, espectro, pero también es la infancia por antonomasia. En esa “isla de ceniza lenta” el poeta dice:

Allí viví mi claridad
el grito,
la fundación de los espacios
bajo el sol de junio.

(Manríquez, 1982, p. 6)

Es crucial recordar que los veranos sudcalifornianos son recios, extremos, pero en ese calor nace la vida con energía, la inercia contundente para reconocerse hijos de una región semiárida. La luz es la génesis, el inicio. No debe sorprender el paralelismo de esta imagen con el último libro de Raúl Antonio Cota, *Arquitectura de la luz*, pues en el fondo son hijos de la misma *Pachamama*.

Poste restante (2019) es un libro conformado por cuatro secciones y un poema en prosa final que lleva por título “Poste restante”. El poemario continúa la apelación a la evocación y a la nostalgia; el poeta indaga en la vida *no vivida*, haciendo una referencia no a la ausencia

50 Esa relación entre aspectos regionales del terruño y la universalidad literaria la ha desarrollado Diana Geraldo Camacho (cfr. El territorio del origen: Del mar al desierto. En: *En el corazón del aire. Ensayos sobre literatura sudcaliforniana*. UABCS. 2010.

sino a la pérdida, a la imposibilidad infranqueable del retorno. Uno de los campos semánticos que se reconocen en una primera lectura engloba archisememas como luz, claridad, calor, blancura y remite, de igual modo, en múltiples poemas a referentes locales sencillos: lumbre, sal, sed, mar, aire. El poema final es una breve crónica poética dedicada a la memoria de Ignacio del Río; en sus páginas sintetiza los mejores momentos que el poeta recuerda sobre el amigo y confidente. Manríquez es el poeta menos prolífico pero el más cercano a César Vallejo, en tanto de dolor humano se trate.

Edmundo Lizardi (1953)⁵¹

El libro de poemas *Azuvia*, del poeta y periodista Edmundo Lizardi,⁵² fue publicado en 1988 por el Fondo de Cultura Económica; sin duda,

51 Su nombre completo: Edmundo Humberto Hernández Lizardi. Abogado, poeta, periodista y escritor. Nació en La Paz, Terr. Sur de BC (25 de marzo). Egresó de la Facultad de Derecho de la UNAM. Recibió un curso taller de literatura iberoamericana en la UNAM y cursó el taller de periodismo, coordinado por el Centro Internacional de Prensa, Barcelona, España. Como escritor, ha sobresalido en el periodismo y en la creación literaria de la península de Baja California. Publicó en los diarios de La Paz, BCS: El Eco de California, Guaycura, El Peninsular y El Sudcaliforniano, y en la revista Panorama de la UABCS; fue coordinador y cofundador del periódico cultural Ahora, publicación que encabezó un movimiento literario cultural de las nuevas generaciones que buscaban renovar la forma y la temática de la expresión poética. En el periodismo regional, nacional e internacional ha sido colaborador de UnomásUno, La Jornada, El Nacional, Excélsior, Novedades, La Prensa, La Opinión y en las revistas Plural, La Gaceta, Esquina Baja, Bitácora, Voces y Reflejos, y Cultura Norte. Editor de la sección cultural y de espectáculo del periódico Diario 29 y del diario San Diego Hoy. Premio Nacional de Poesía “Alí Chumacero” (1994), Premio Frontera Binacional de Poesía Pellicer-Frost (1997), Premio Estatal de Poesía Tijuana, BC (1997) y premio Estatal de Literatura de Baja California (1998). Su obra poética se encuentra publicada en los libros siguientes: El viaje... Otras distancias (1975), Y después del crepúsculo (1980), Mar en sombras (1986), Azuvia (1988), Preludio de las islas (1998), Crónicas fronterizas. De conciertos, farándulas y otras giras (1994) y Primeros Vuelos (1998) (Cfr. Ibarra Rivera, Gilberto (2016). Diccionario sudcaliforniano. p. 497).

52 El estudio más completo sobre la obra poética de Edmundo Lizardi es “Navegar en medio de la tormenta: la poesía de Edmundo Lizardi” cuyo autor es Dante Salgado; trabajo contenido en (2010) *En el corazón del aire. Ensayos sobre literatura sudcaliforniana*, Gobierno del Estado de Baja California Sur/ Praxis. De ese trabajo transcribo la nota 2 para apreciar la trayectoria poética de Lizardi: “*El viaje... otras distancias*, sin datos de edición, firmando como Edmundo Hernández Lizardi, con dos poemas fechados, uno es mayo de 1974 y otro en noviembre de 1975, que sugieren como fecha probable de su edición el año de 1976; *Y después del crepúsculo*, La Paz, 1980; *Las pupilas del gato* en *La Cachora*, 45, noviembre-diciembre de 1985; *Azuvia*, México, FCE, 1988; *Preludio de las islas*, Tijuana, Instituto Municipal de Arte y Cultura, 1998. En 1987 publicó “De esta vieja

es sugerente desde el título, pues remite a la asonancia de ciertas palabras que se reúnen en torno al espacio sobre el cual trata el libro: la bahía de La Paz y su litoral. El campo semántico que despierta esa palabra, sin entrada en el diccionario, pero con significado concreto para el lector, es amplio. Se incorporan, en la concordancia de sus sonidos, acústicas similares como azul y lluvia, azur, o azurita (malquita) o bien azul y vía, semblante de la ruta marina. Hace pensar en el agua y el sur o en el azul lluvioso.

También obliga a pensar en el anagrama elegido por César Vallejo para su libro *Trilce*, palabra formada por sílabas de *tris-te* y *dul-ce*; o trae a la mente el vocablo *Altazor*, título del libro de Vicente Huidobro, otra gran voz innovadora cuya formación conduce a palabras como alto y azor, altura y azoro; es decir, ave de rapiña en las alturas que se precipita en su caída y simboliza el vuelo en paracaídas del alma humana.

Azuvia está pleno de ritmo y musicalidad serena, es la letra cantada al son de mar que rememora los rituales del insomne. El poemario rebosante de aire acuático y vidas extrañas permite al lector mirarse bajo el sol canicular o llegar al encuentro inesperado con un sentimiento de asombro puro.

Azuvia es la tormenta con nombre de mujer, es el azote violento que cae del cielo, es la causa de muerte, el ara del dolor premarital, la orfandad consanguínea. Y también es, auscultando en la profundidad de los versos, la agonía del naufrago, la infinita nostalgia de las viudas, y el desconsuelo frente al luto colectivo. Es el cantar de gesta del trópico que plasma por siempre la historia del hundimiento del Korrgan y el chubasco del 59, donde el único héroe inmortal es el rastro hacia la muerte, el rastro del barco que sigue *en la orilla del cielo*.

casa” contenido en el libro colectivo *Mar en sombras* (INBA/ UNAM/ ISSSTE); sin embargo, esos poemas quedarían integrados posteriormente en *Azuvia*, por ello me refiero sólo a los volúmenes individuales. Con el poema “El viaje”, dividido en tres fragmentos (“I. El principito”, “II. El miedo”, “III. Supervivencia”) Lizardi ganó los IV Juegos Florales Peninsulares en mayo de 1974; Y después del crepúsculo obtuvo el primer lugar del Premio Anual “Margarito Sáenz Villarino” en 1980; y *Preludio de las islas* fue merecedor del Premio Nacional de Poesía Tijuana 1997”.

Azuvia, tormenta que llega del sur
a fines de septiembre
se aproxima y derrama su perfume de mujer
en isla donde los muertos platican con los vivos
del posible destino de tripulaciones que partieron
en busca del espumoso Ponto del que habla
la agonía de los viejos.

(Lizardi, 1988, p. 30)

El libro está dividido en diez apartados, los títulos de los cuatro primeros indican, de uno u otro modo, el rumbo hacia el agua, el zarpar o ir “de caza” a buscar la bestia marina, ver si “alguna vez fue el miedo” capaz de frenar al pescador hacia “marabierto” y toparse, repentinamente, contra la tormenta: “*Azuvia*”. Estas secciones contienen poemas que flotan más del *lado del mar*, mientras que en los siguientes cuatro apartados los poemas se realizan más del *lado de la costa*, arena-adentro, cerro-adentro, plaza-adentro. “Lunada” y “Cón-cavas naves”, los últimos apartados o secciones ofrecen una recapitulación de los hechos en donde se escucha la voz de los naufragos que casi regresan a vivir entre los vivos, quienes permanecen cual vigías deambulando en el malecón. Se escucha también la historia de todo lo acontecido a través de radio “La Mar”, que repite incansable las diversas versiones de los vivos y los muertos.

Las brechas circulares del poemario repasan la zozobra desde la perspectiva de los afectados ya que el naufragio del *Korrigan IV* levantó el velo en el puerto de La Paz para tocar el ámpula del sufrimiento. *Azuvia* es el círculo infernal con sabor a sal donde habitan Trinidad Seguame, el campanero; Obregón Perla, el ropavejero que vive bajo el muelle; Concha Pérpuli y su esposo; los hermanos José, Lorenzo y el hermano fratricida. Donde habitarán en la eternidad de la locura y el calor, Graciela Ceseña, más novia que nunca; Calixto, Chelino, el pescador y la nana Rufina. De quien el nieto piensa:

¿vuelves a arrojarme en la cara la sal de tu largo viaje? Calma, señores pasajeros, calma. Las mujeres pueden rezar. Tranquilicen a los niños. (Lizardi, 1988, p. 122)

Todo el libro borda un tejido de insinuaciones y suposiciones que, sin embargo, fueron ciertas, donde algunos elementos tienen una existencia privilegiada, como, por ejemplo, la arena, la ceniza y el humo. O bien, el vuelo de las auras y la presencia de tamarindos o tabachines, el café vespertino a la sombra del corredor, las palmas datileras y la insistente compañía del mar que obliga a mirar el horizonte. Mar pringado de pangas, crestas luminosas, cachalotes. Horizonte teñido de recuerdos, amores, infancia.

Lizardi recrea así un pasaje con varias historias truculentas. La historia de un marino cuyo buque naufraga frente a las costas de la bahía paceña, ante los ojos incrédulos de sus seres queridos. La historia de una mujer con vestido de novia e hijo en el vientre que *enviuda* antes de las nupcias. La historia de tres pescadores pangueros que se accidentan rumbo a la isla La Ballena. La historia del campanero Trinidad que hace repicar las campanas a las seis de la tarde en señal de luto. Pero, sobre todo, recrea su historia personal, la historia de un niño, joven, hombre que vio, oyó, vivió todas esas historias y otras más... y todas suceden el día en que la tormenta Azuvia toca tierra, cambia la ruta en los destinos particulares y ahoga en su entraña una fábula terrible.

El lector se deleita con la historia personal de un poeta que palpó las gotas revueltas por el viento y entendió que el presagio de tormenta no tiene salvación y el lector ahora se involucra con algo que ya conoce: los ciclones y su fuerza devastadora.

¿Qué son los ciclones? Viento malo que agrieta la piel, agua podrida del principio. Los viejos estamos de luto porque ya no tenemos historias que contar. La sal devora recuerdos y desgasta colores: lápidas blanqueadas para los hombres de buena voluntad. (Lizardi, 1988, p. 119)

El autor nos mantiene en contacto con la noche, la costa, la sangre, la sorpresa, es decir, con los elementos que nos hacen sentir tan vivos como la asonancia de nuestro corazón. Y, por supuesto, el mar. El mar es para Lizardi la ruta desconocida, el peligro, el lecho del ahogado, el único testigo del miedo y bronquios reventados, pero también es el arpegio de la libertad, la fuente de alimento, en una metáfora tierna es el cuerpo de la amada, la carne y el vino. El mar, o tal vez el mirar el mar sea el consuelo para entendernos en nuestra soledad, como los deudos de *Azuvia*.

Y cierra tus ventanas, curtido pescador

Que nada ni nadie te recuerden vértigos de navegaciones
detenidas en la superstición de un beso
monumental, como la soledad que conociste
en mar abierto del vino y de la carne.

(Lizardi, 1988, p. 29)

Con *Azuvia*, Lizardi mantiene abierta una herida en la memoria de los habitantes de La Paz vieja; dentro del ámbito de la literatura es un texto, con maestría en el manejo de recursos, al cual debemos recurrir para volver a asombrarnos de nuestra vulnerabilidad, pero también de nuestra fortuna por ser capaces de sobrevivir, recordar y contar lo sucedido. Es un libro que reitera con maestría que el drama del poeta es el drama del ser humano.

Víctor Bancalari (1958-1994)⁵³

Escritor autoalienado, perteneciente a una familia acomodada, pasó su etapa formativa en la Ciudad de México, entonces Distrito Federal, cobijado por un círculo bohemio de sudcalifornianos, entre otros, el destacado artista plástico Carlos Olachea; pero, en su caso, Bancalari siguió en la bohemia toda su vida, por lo tanto, no se puede dar un seguimiento formal a su trayectoria, porque no tuvo un ejercicio formal como escritor o burócrata. El caso de Bancalari es particular desde diversas ópticas. Autor de cuentos posmodernos de gran calidad literaria y dominio técnico preciso, autor de poemas publicados en variados suplementos y periódicos —principalmente en la década de los ochenta—, autor de aforismos y reflexiones críticas con énfasis en lo social. Bancalari es irreverente, el recurso que mejor maneja es la ironía, imprime un sentido del humor especial a su obra y nunca publicó en libro en vida. Dueño de un estilo propio, sus obras de creación literaria se caracterizan por el sentido crítico y en múltiples ocasiones hace referencias a casos y hechos históricos de diversa índole; aspectos que, aunados a la agudeza de su humor, la interpretación de la realidad social y su ingenio *espontáneo*, se le considera uno de los precursores de la creación literaria posmoderna en su natal Baja California Sur. Este autor leyó a los vanguardistas, practicó el verso libre,

53 (1958-1994) Escritor. Nació en La Paz. Terr. Sur de BC. Dueño de un estilo propio, escribió poesía, cuento y ensayo. Sus obras de creación literaria se caracterizan por el sentido crítico e irónico, reflejando la agudeza de su humor e interpretación de la realidad social. Por el fondo de su obra se le considera uno de los precursores de la crítica literaria en su tierra. Su poesía y cuentos fueron publicados en las revistas literarias locales *La Cachora* y *Ahora*; en esta última fue colaborador y en algunos números figuró como director. Algunas de sus obras sueltas fueron publicadas en las revistas *Plural*, *Panorama* y *Alternativa*; así como en los periódicos *Eco Estudiantil*, *El Sudcaliforniano*, *La Extra* y *El Eco de California*, en este último colaboró en el suplemento *Vínculos*; también publicó en el suplemento *Marabierto* del periódico *Mural* y le fueron publicados sus poemas en el suplemento cultural *Aguamala*; fue director fundador del suplemento de cultura *El Palo 'Adán*. [...] Murió en La Paz, BCS, el 26 de marzo de 1994. Su amigo Ernesto Adams escribió en un homenaje *post mortem*: “Perteneció a la generación más reciente de escritores que retomaron críticamente los temas regionales, significando un esfuerzo por desmitificar la realidad”. Parte de su obra fue compilada por Manuel Cadena y publicada en el libro Víctor Bancalari. *Narrativa y poesía* (Samsara Editorial, 2009). Cfr. Ibarra Rivera, Gilberto (2016). *Diccionario sudcaliforniano*. p. 149.

opta por imágenes fuertes pero dispersas y no se concentra en el ritmo interno en sus poemas, prefiere las propuestas arriesgadas.

El primer volumen que compila su obra data de 2009, fue un trabajo de impulso editorial encabezado por Manuel Cadena, Rocío Maceda y Christopher Amador, quienes reunieron textos del autor en un libro, bajo el sello de Samsara, titulado *Narrativa y poesía*, donde se encuentran veintiún cuentos y veintidós poemas. La mayoría de los cuentos son cortos, con un enfoque histórico parcial y algunos remiten a pasajes de la historia de Baja California Sur, el más destacado es “La batalla de los divisaderos”. Los poemas presentan diversos temas muchos indagan en la descolocación de personajes o situaciones, por ejemplo, “Lutero sin indulgencias”, “El pájaro Ibor” o “Ya no recuerdan a Ike”. Su estilo es enigmático, proclive al absurdo, si bien rescata aspectos de la geografía sudcaliforniana o de la historia del pasado no están integrados como una unidad poética. Apunta Antonio Sequera:

Bancalari asume que en la separación de la sociedad ha encontrado una verdad, que en un intento por explicarla a los comunes, a los que no han accedido a la verdad, se las presenta a partir de su propio cientificista: el poema: “Los marcos teóricos”, se puede leer con la propia declaratoria de exclusión del poeta en una nueva forma de conocimiento [...] Contrariamente al poeta regionalista, Bancalari se sumerge en el vacío de paisaje para encontrar la iluminación, para acceder al conocimiento: su propio marco teórico. No es un espectador más de la natura sino que se envuelve como personaje integrante a ella. A ella misma es a quien se invoca; a partir de la imaginación, del vino, de las raíces interiores del poeta. Esta es una naturaleza basta que lo acerca a lo absoluto. (*Sin nada, Víctor, tú estás*, p. 16-17)

La poesía de Víctor Bancalari es la demostración pública y expresiva de su interpretación mundana, social, personal a través de un espíritu libre; Bancalari, no busca trascender, él transmite una filosofía simple, procura la solidaridad en el arte; sus revueltas internas las transforma, no en anarquía, sino en voz imperiosa de ser escuchada. Este poeta

es sumamente girondiano y propositivo. Se libera un fragmento del poema “Tres de mayo” y otro completo de su autoría.

Tres de mayo⁵⁴

Nadie los llamó; muy pocos los vieron.
Llegaron traídos por el viento
en sus endeble naves.
Sólo monótonas playas los recibieron
(sus crónicas hablan de un impresionante silencio)
Era el día más largo...
Retumbaron las salvas con júbilo ajeno: ya
teníamos dueño, ya teníamos tiempo;
y aparte de eso como regalo de lujo
(decía irrechazable) un dios extranjero.
California cautiva, nuevamente aguardas
ya no el descubrimiento extraño
sino el de tu propio pueblo;
ya no otro tres de mayo, si con uno basta,
pobre destino el nuestro,
afligir el pasado con lamentos,
rescatar de las ruinas espectros tutelares
y no ver el presente que nos acerca.
Y soñar, seguir soñando,
en la otra California;
la pérdida, la de eternos días
la que dócilmente espera.
(Bancalari, pp. 74-75)

A Alberto Arnaut

Yo soy a veces
otro que yo,
como una tregua;
pasando los símbolos,

54 Fecha de fundación de la ciudad y puerto de La Paz.

me espero solo en los sueños
de rojos finales
y en las estiradas playas
que casi sí existían
(las últimas se sentían)
renuevo mis ruinas
para recrear unánimes
e inveteradas casas
que aguardan
(en algún lugar he adquirido
un patio eterno en donde pienso
esperarme con mil y una
combinación de adioses y regresos).
¿Hubo una tierra en el mar
o la invente?
Hoy, gracias a la violencia
del recuerdo,
tengo hasta una patria;
la acepto.
Aunque no se explica sola,
y su historia sea toda la historia.
(Bancalari, p. 121)

Soltar amarras

Los estudios profundos sobre la obra de esta generación poética vendrán en los próximos años. En la poesía sudcaliforniana existen y escriben actualmente representantes de diferentes generaciones que aunque interpretan el devenir histórico de diversas formas, todos están ligados, de uno u otro modo, a la misma tierra que posee elementos invariables como su ubicación geográfica, el clima, su historia, su naturaleza desértica y costera; estos poetas abordan temas universales como la nostalgia por el pasado, la muerte, la idea de progreso, la cotidianeidad, pero también se refugian en temas propios del entorno

como la vida paceña, la riqueza serrana, las costumbres locales o los fragmentos históricos particulares, el litoral o la vida marina.

Así pues, la obra de estos poetas otorga universalidad a la poesía en Baja California Sur, sus nombres son indelebles, su obra amerita atención crítica y mayor proyección regional. Si bien cada uno tiene su estilo y, salvo en el caso de Raúl Antonio Cota, la obra no es extensa, sí poseen la honestidad lírica y la fuerza intimista de una voz poética definida, individual. Los ejemplos aquí expuestos resultan insuficientes para mostrar la riqueza literaria de estos autores. Decía, cada uno es fiel a su estilo, pero en cuanto a la percepción de fenómenos naturales o humanos, sin duda, refuerzan los lazos con la región en una unión que no exagero al llamar correspondencia cósmica. Larga e intensa vida poética se gesta en Baja California Sur con las nuevas voces herederas de estos cuatro buenos poetas.

Referencias

- Bancalari, V. y Sequera, J. A. (Ed.). (2014). *Sin nada, Víctor, tú estás: Poemas, narraciones y crítica social de Víctor Bancalari*. Gobierno del Estado de Baja California, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Cota, R. A. (1985). *De los viajes en general (poemas para turistas)*. Instituto Nacional de Bellas Artes, Gobierno del Estado de Colima.
- Cota, R. A. (1985). *Refugio de ballenas*. Universidad Autónoma Metropolitana (Col. Correo Menor).
- Cota, R. A. (1986). *Antigua California*. UNAM.
- Cota, R. A. (1990). *Para que la madrugada cante*. Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- Cota, R. A. (2010). *Arquitectura de la luz: La casa California*. Instituto Sudcaliforniano de Cultura.

- Cota, R. A. (2018) *Temer al mar*. Cascabel Ediciones.
- Cota, R. A. (s.f.). Entrevista con Modesto Peralta. Raúl Antonio, intemible a la palabra. 40 años de poesía. Suplemento Culcobcs. <https://www.culcobcs.com/cultura-entretenimiento/raul-antonio-cota-intemible-a-la-palabra-40-anos-de-poesia/?print=print>
- Ibarra, G. (2016). *Diccionario sudcaliforniano. Historia, geografía y biografías de Baja California Sur*. Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- Lizardi, E. (1988). *Azuvia*. FCE.
- Manríquez, J. (1982). *Cuaderno de San Antonio*. Honorable IV Ayuntamiento de La Paz.
- Manríquez, J. (2007). *Cuaderno de San Antonio / The San Antonio Notebook*. UABCS.
- Manríquez, J. (2019). *Poste restante*. UABCS.
- Salgado, D. (2007). Apuntes sobre Raúl Antonio Cota. En: VV.AA., *Caligrafía de Sal. Ensayos sobre literatura sudcaliforniana*. Gobierno del Estado de Baja California Sur, Praxis.